

# Tipos de Aquí

VIII

## EL HOMBRE ILUSTRE

\*\*\*

(Por José Sánchez Arcilla)

*work/\*\*\*\*hance*  
**S**I la mitad de la décima parte de nuestros titulados hombres ilustres lo fueran de verdad, Cuba sería el país de las maravillas.

Todos los días, y en todos los periódicos, leemos lo mismo: «el ilustre orador», «el ilustre galeno», «el ilustre odontólogo», «el ilustre político», «el ilustre pensador», «el ilustre poeta», «el ilustre ensayista», etc., etc. Y todos los días, y en todos los periódicos, vemos el retrato de caballeros que pueden ser muy dignos y muy respetables, pero, por lo pronto, son perfectamente desconocidos. Sin embargo, el lector ingenuo, en presencia de uno de estos «clisés», exclama: «Tiene cara de hombre de talento. Esa frente... Esos ojos...» Y queda convencido de que aquel señor es «ilustre» por obra y gracia del Espíritu Santo.

Los periodistas conocemos a fondo a nuestros hombres ilustres. Los conocemos, porque somos, al fin y al cabo, los autores y responsables directos de su fama.

En cuanto un señor cualquiera escribe un folleto de siete páginas sobre el cultivo de la calabaza — pongo por caso — corre a las redacciones en busca del amigo generoso que hable largamente de su obra maestra.

—Aunque a simple vista parezca una exageración, mi folleto tiene una importancia extraordinaria. La calabaza...

Y le endilga a usted, sin quitarle puntos ni comas, el capítulo de la Enciclopedia Espasa que habla de la calabaza, en un alarde idiota de erudición.

—¿Quieres un retrato mío? Sería conveniente que ilustraras tu artículo con la fotografía del autor. A mí no me gustan estas cosas, pero comprendo que la publicidad es muy necesaria.

Y usted, ¿qué va a hacer? Se hace cargo del folleto y del retrato y, al día siguiente, los lectores de su periódico se enteran, no sin asombro, que en Cuba hay un patriota insignificante que estudia el cultivo de la calabaza con entusiasmo edificante.

Con los poetas ocurre exactamente lo mismo. Apenas un señor desconocido logra escribir un pareado, acude al periodista más próximo para rogarle que hable de su «luminosa obra poética», y, como siempre, el infeliz periodista acaba por asegurar a sus lectores que ha surgido un Rubén Darío en «la tierra más famosa que ojos humanos han visto».

¿Y qué decir de los médicos...? ¡Oh, los señores galenos...! Los señores galenos abusan de la publicidad. Los hay que tienen a sueldo a los cronistas sociales para que al dar cuenta de la mejoría de Fulanita de Tal — que tuvo un simple catarro — consiguen que fué «el ilustre doctor X» quién la arrancó de las garras de la muerte.

Los políticos tienen un sistema mucho más simple. Cuando se aproxima el período electoral, se organizan un banquete. A lo mejor, pagan todos los cubiertos, para que pasen de cien los comensales; pero eso no lo dicen ellos ni por todo el cro del mundo. Afirman, juran y perjuran que se trata de un acto espontáneo de sus electores, y así lo declaran con descaro inaudito, en el minuto solemne de dar las gracias.

Los hombres ilustres... Si se hiciera un censo minucioso, sabríamos que en nuestra patria hay no menos de dos millones de hombres ilustres, o sea la mitad exacta de la población cubana; porque el que no lo es por un motivo, lo es por otro, pero son muy pocos, poquísimos, los que no se sienten con derecho al adjetivo.

Si el Gobierno quisiera lucrarse con la vanidad de los ciudadanos, no tendría más que poner a la venta unos diplomas sellados con las armas de la República certificando que sus poseedores son ilustres oficialmente. Aunque los cobrara a mil pesos, se agotarían en pocas semanas. Y si no, que Giménez Lanier de acuerdo con Fernando Sirgo, hagan la prueba, porque el primero recogería los

frutos de la labor del segundo, el cual, como Secretario de Educación, tendría que expedir los diplomas.

